

AMBIENTES DOCENTES QUE APOYAN LA INSTRUCCIÓN DIVERSIFICADA

Tomlinson, Carol Ann (2003), *El aula diversificada*, México, SEP

(Biblioteca para la Actualización del Maestro), pp. 55-70.

Un profesor realmente bueno es aquel que: sabe que un estudiante puede enseñar y que un profesor puede aprender; se integra literalmente en el ambiente de la clase tomando asiento entre el montón de pupitres, demostrando así que disfruta en el papel de quienes son sus mentes cual esponjas, están listos para absorber; puede apreciar que lo que uno piensa y dice es más importante que cómo rellena los huecos en blanco.

*Krista, edad 18 años
Jane Bluestein, editor
Mentores, maestros y la señora MacGregor:
historias de profesores que dejan huella*

No hace mucho tiempo, una profesora me hizo una pregunta bastante inquietante. Su preocupación era seria –y yo le respondí con la seriedad que el asunto requería-, pero he vuelto a formular mi respuesta docenas de veces, desde que abandoné el lugar que durante un día compartimos. Su pregunta era « ¿Es posible diversificar la instrucción en un aula donde los estudiantes se sientan en hileras y donde la mayor parte del trabajo se realiza individualmente en silencio? ».

Cuando me hizo la pregunta, tenía la frente fruncida, y estoy segura de que la mía también se llenó de arrugas al contestarle: «Sí, creo que en ese ambiente se podrían aplicar muchos de los principios de la enseñanza diversificada. Incluso en esas circunstancias las actividades que se proponen a los alumnos pueden ajustarse a su nivel, de manera que supongan un reto moderado para los diferentes estudiantes. También se les pueden encomendar trabajos finales que giren en torno a sus puntos fuertes o sus intereses personales».

Me detuve y añadí: «Seguramente se producirán problemas con aquellos estudiantes cuyos estilos de aprendizaje requieran colaboración, conversación, y movimiento». Y nuevamente hice una pausa. «Pero si yo tuviera que elegir entre una clase en la que todo el mundo se sienta en silencio en filas y trabaja en las mismas cosas, de la misma manera y en los mismos periodos de tiempo, y otra en la que todos se sientan en hileras silenciosas trabajando en tareas que por su

grado de dificultad son apropiadas para cada cual y están vinculadas con sus intereses, elegiría la segunda sin pensármelo dos veces».

Continué diciendo que un repertorio que contara sólo con esas dos opciones limitaba las posibilidades del profesor y de los estudiantes. Y fui un poco más allá: «Gran parte de lo que aquí se está hablando pierde su fuerza cuando nos hallamos en una clase cuyo ambiente no es saludable».

La profesora que había hecho la pregunta estaba «hablando entre líneas». Es decir, sus palabras planteaban únicamente parte de la pregunta.

En realidad estaba diciendo algo así como: «De acuerdo. Sé que tengo estudiantes con diferentes aptitudes en relación al currículum. Sé que estoy perdiendo a muchos de ellos a causa de la confusión y el aburrimiento. Incluso acepto el hecho de que para promover el aprendizaje sería bueno apelar a los intereses o estilos de los alumnos. Hasta ahí puedo estar de acuerdo. Pero no creo que pueda renunciar a la imagen que tengo de mí misma, la dama al frente de la clase, sujetando el timón con firmeza. Ya me parece bastante tener que modificar la manera de enfocar el currículum como para encima tener que reconstruir la imagen que tengo de mí misma como profesora.»

No he cambiado de opinión sobre lo que le dije a esa profesora. Sigo pensando que las tareas del alumno deben centrarse en habilidades y conceptos esenciales. Las actividades deben presentarse en formatos distintos de modo que cada estudiante tenga que superar el ámbito de conocimientos con los que ya se encuentra cómodo. Este tipo de cometidos son más recomendables que los que presentan un único modelo para todos. Lo que ocurre es que le concedo mucha más importancia al omnipresente ambiente de la clase de lo que ese día supe manifestar. Esta profesora me estaba preguntando si tiene sentido curar a un paciente de un catarro si además tiene una pierna fracturada. Claro que lo tiene. Pero si no sanamos también la pierna, esta persona seguirá sufriendo y estará coja.

El resto de este capítulo contiene algunas de las ideas que pude haberle explicado a esta profesora. Son fundamentales para articular el concepto de instrucción

diversificada. Los niños, los profesores y las aulas forman microcosmos de la existencia humana. En aquellos hábitats que no son sanos, aún pueden ocurrir ciertas cosas buenas. Pero las grandes cosas, sin lugar a dudas, proceden de los lugares sanos y robustos.

La enseñanza y el triángulo del aprendizaje

Tuve una vez la ocasión de observar cómo un profesor de matemáticas, joven, brillante y entregado, se enredaba en una guerra sin palabras con sus desencantados alumnos. Los conocimientos de geometría del docente eran amplios y profundos. Sus actividades eran relevantes y motivadoras. Pero sus alumnos adolescentes vacilaban entre mostrarse distantes o directamente hostiles. Lo que debería haber sido una clase ejemplar, hervía de animosidad no declarada. Contemplé la situación durante lo que me pareció una eternidad, y sentí el mismo alivio que el educador y los estudiantes cuando la campana nos rescató de ulteriores sufrimientos.

-¿Por qué no funciona? –me preguntó después- ¿Qué hago mal?

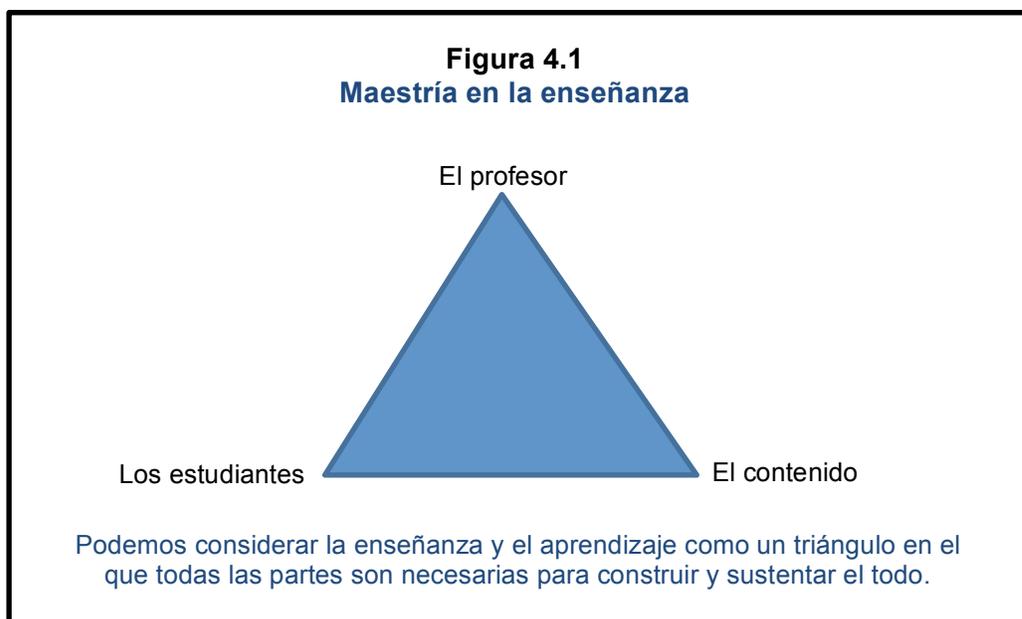
Como la mayoría de los profesores, nunca he tenido muchas ocasiones de enunciar de manera explícita mis convicciones a la hora de crear un entorno apropiado para el aprendizaje. Simplemente me dedicaba a enseñar día tras día, tratando de mejorar aquello que daba resultado y eliminando lo que no surtía efecto. Sin embargo, creo que la respuesta que di a este profesor constituyó una verbalización importante de lo que mis alumnos y compañeros me habían enseñado a lo largo de dos décadas en las aulas.

La enseñanza, cuando se realiza con pericia, se basa en el triángulo del aprendizaje –respondí-. Es un triángulo equilátero, en cuyos vértices tenemos al profesor, los alumnos y la materia respectivamente. Si cualquiera de estos extremos es ignorado o no está en equilibrio con los demás, la maestría en el oficio desaparece.

Este joven profesor de geometría tenía problemas con dos de los extremos del triángulo (ver Figura 4.1). Aunque dominaba soberbiamente los contenidos, carecía de seguridad en sí mismo y no profesaba una dedicación auténtica hacia sus alumnos. En consecuencia, en clase parecía un pavo real que se contoneaba por el aula con la intención de convencer a sus estudiantes (y a sí mismo) de que era alguien muy valioso.

Un triángulo de un solo lado –un triángulo que sólo tiene la parte del contenido- no es un triángulo.

Es importante que comprendamos qué es lo que debería ocurrir en el aula, entre el profesor, los alumnos y la materia. De ese modo el educador, conjuntamente con los estudiantes, puede dedicarse a construir el tipo de entorno que fortalece el triángulo del aprendizaje.



La parte alta del triángulo

Por definición, un triángulo equilátero es una figura geométrica que tiene tres lados iguales. Según esto, técnicamente no puede tener una «parte superior», ya que cualquiera de sus vértices puede ser la «parte alta». Para nuestros propósitos, no obstante, el profesor va a estar en la cima del triángulo de aprendizaje.

El profesor ha de ser indiscutiblemente el líder de cualquier aula eficaz. El liderazgo puede y debe ser compartido con los aprendices, pero la responsabilidad de esta función recae sobre el adulto que por profesión, tradición y ley a cargo del grupo. Un profesor que desempeñe de manera efectiva su función como líder debe estar seguro de sí mismo –en otras palabras, debe gustarse. Un educador inseguro no puede crear un clima de aceptación y afirmación entre él y los estudiantes o entre estos últimos entre sí. Esto no quiere decir que un profesor con confianza en sí mismo no tenga dudas o no vacile en el rumbo a tomar. Al contrario: las variables que se producen en una clase son tan amplias que estos fenómenos son lógicos e inevitables.

Paradójicamente, un profesor seguro de sí mismo sabe que cada día tiene algo nuevo que aprender y se siente cómodo en la ambigüedad de su papel. No es tan importante estar en lo cierto como ser flexible. No es tan importante tener todas las respuestas como desear conocerlas. Un profesor que confía extrae hoy preguntas fundamentales para consultarlas con la almohada, con la creencia de que las intuiciones del momento presente producirán un mañana más fructífero. Un profesor que tiene fe en sí mismo cree que este tipo de sensaciones le procuran retos profesionales y satisfacciones personales.

Además, el docente con autoestima acepta el hecho de que es él quien controla el clima del aula. Es su manera de enfocar la instrucción y de aproximarse a los estudiantes lo que determina si esa jornada ha triunfado el respeto o la humillación, el gozo o la monotonía, la esperanza o el derrotismo. Sabe que puede equivocarse alguna vez, pero también sabe que tiene la responsabilidad y la capacidad de evitar el mismo error al día siguiente.

Bob Strachota (1996) da testimonio de lo que significa ser un profesor que sabe que no tiene todas las respuestas, pero que tiene el poder para encontrarlas.

Ni mi vida dentro de la escuela, ni mi vida fuera de ésta, son particularmente dichosas. Mi coche se estropea, riño con mis amigos. Me pongo enfermo y me preocupo por mis hijos. Tengo que vigilar mis estados de ánimo, mis debilidades y prejuicios, mis necesidades y mis límites, para ver de qué manera influyen en mi

trabajo. Si puedo analizar el modo en que mis emociones se ponen en juego dentro del aula, podrá refrenarlas mejor cuando sean destructivas y permitir que predomine mi parte juiciosa, constructiva y alegre (p. 75)

El objetivo primordial de Strachota es conseguir que los estudiantes sean capaces de responsabilizarse de sus vidas y de su aprendizaje. Es también consciente de que él se halla en la cúspide del triángulo de aprendizaje con la misión de promover ese fin.

Los alumnos en el aula saludable

Mary Ann Smith es una de mis consejeras. Ella no lo sabe porque se fue antes de que yo tuviera el valor de decírselo. Daba clases a alumnos de primaria cuando yo enseñaba a preadolescentes, pero la diferencia de edad de los estudiantes es irrelevante. Lo que ella sabe es fundamental tanto si el alumno tiene 5 años como si tiene 55.

Cada año, el director asignaba a Mary Ann un buen número de inadaptados. Yo recibía con frecuencia esos mismos estudiantes cinco o seis años más tarde. Cuando escuchaba hablar a sus padres, me daba cuenta de que el único año que esos jóvenes habían estado a gusto en la escuela era el año que habían tenido a la señora Smith.

Madre de cuatro chicos, Mary Ann sencillamente creaba un aula, del mismo modo que creaba su hogar. Estas son algunas de las cosas que ella sabía de los niños en ambos lugares:

- Cada niño es como todos los demás y diferente de todos los demás.
- Los niños necesitan ser aceptados incondicionalmente como seres humanos.
- Los niños necesitan creer que pueden llegar a ser mejores de lo que son.
- Los niños necesitan ayuda para poder realizar sus sueños.
- Los niños tienen que darle su propio sentido a las cosas.

- Los niños suelen comprender con mayor coherencia y eficacia el sentido de las cosas cuando los adultos colaboran con ellos.
- Los niños necesitan acción, alegría y paz.
- Los niños necesitan poder controlar sus vidas y su aprendizaje.
- Los niños necesitan ayuda para desarrollar esa capacidad y usarla sensatamente.
- Los niños necesitan sentirse seguros en un mundo más amplio.

El objetivo de Mary Ann con sus propios hijos era hacerlos completos, felices e independientes. Adoraba a cada uno de ellos, tanto por sus parecidos como por sus diferencias. Daba importancia a lo que cada uno hacía mejor. Dedicaba tiempo a cada niño, pero no necesariamente para hacer las mismas cosas. A cada uno le proporcionaba sus oportunidades, pero no siempre consistían en lo mismo. Controlaba su crecimiento, pero ofreciendo guía y disciplina según sus necesidades específicas y no según un patrón común.

Su clase se parecía mucho a su casa. Daba por descontado que sus estudiantes serían diferentes. Encontraba tiempo para cada uno de ellos en muchos momentos al cabo del día. Daba oportunidades a todos y ofrecía su ayuda como guía cuando la necesitaban. El tiempo que dedicaba a cada individuo difería en su formato y contenido. Las oportunidades de cada cual, así como los consejos, se ajustaban a la naturaleza del sueño y del sujeto que lo soñaba.

Buscaba los puntos fuertes de cada niño, y trataba de encontrar la manera de fortalecerlos. Charlie necesitaba materiales diferentes para la clase de plástica. Eli necesitaba leer libros distintos. Sonja necesitaba sentir la presencia tranquilizadora de la profesora le recordaba que tenía que relajarse más a menudo.

Todos esos niños tenían sueños. Mary Ann y sus alumnos charlaban sobre el modo en que estaban creciendo. También hablaban de lo orgullosa que Mary Ann estaba de cada uno por su modo particular de crecer para acercarse a su sueño. Estaba bien que Micah leyera más que los demás, que Philip se meneara y deambulara por la clase más que ninguno, que Chauncie hiciera preguntas poco

corrientes, que Bess trabajara primero con los cubos y después con los números, y que Jorge a veces hiciera primero las preguntas en español y después en inglés.

El aula de Mary Ann era grande en espíritu, oportunidades y apoyo. Sus estándares eran altos, pero no estaba estandarizada. Y los niños de 8 años comprendían esto perfectamente. No eran gente hecha en serie. Lo sabían y por esa razón se gustaba más a sí mismos y a sus compañeros.

Los contenidos en un aula saludable

Una profesora me explicó una vez cómo llegó a saber qué y cómo debía enseñar en su clase de ciencias. Se las había visto con guías curriculares que eran demasiado extensas, textos que estaban demasiado condensados o simplificados, sesiones de laboratorio que podían ser divertidas pero no ilustraban nada, y sesiones de laboratorio que ni entretenían ni ilustraban.

Veía cómo sus estudiantes se desvinculaban con demasiada frecuencia, y se sentían asfixiada por lo que ella percibía como prescripciones inmutables.

Una colega le dijo: «Olvídate por un instante de todos los libros y manuales. Intenta recordar qué es lo que te fascinaba de las ciencias. Trata de revivir la sensación que tenías cuando estudiabas ciencias. Después, imagínate que los chicos a los que enseñas sólo van a poder aprender ciencias a través de tu clase. Es la única clase de ciencias que van a tener en toda su vida. ¿Qué es lo que debes enseñarles para que amen las ciencias? Piensa durante un minuto en ello. Ahora, cambia una parte de lo que te acabo de decir. Imagínate que sólo tienes tres alumnos: tus propios hijos. Imagínate también que morirás cuando acabe el curso. ¿Qué les enseñarías durante ese año?»

La profesora me dijo: «Desde ese día he comprendido lo que tengo que hacer. No siempre sé la manera de hacerlo, pero saber lo que tengo que hacer ha cambiado la percepción que tengo sobre lo que enseño.»

Judy Larrick daba clases a un grupo de estudiantes de secundaria de sexto curso, que no estaban en absoluto motivados. Las pautas del currículum prescribían que

debía enseñar «los clásicos», para cuya comprensión sus alumnos no estaban preparados. La asistencia bajó, lo mismo que la moral de Judy. Lo único que se incrementaba era el estado de aturdimiento. Judy se pasó todo el año tratando de animar a sus alumnos y de insuflar energía en unas clases prácticamente exánimes. El curso terminó, pero Judy no se dedicó a criticar la conducta de sus estudiantes ni a lamentarse por la proximidad de un nuevo curso. Se puso a buscar soluciones.

Cuando llegó septiembre, la guía curricular seguía en vigor. En la clase de sexto había un grupo de adolescentes irascibles y desanimados. Pero al comenzar el curso, Judy preguntó: « ¿Alguno de los presentes ha sido alguna vez una víctima? ¿Qué se siente? ¿Puede una víctima controlar algún aspecto de la vida? ¿Qué? y ¿Cuándo?» Un aula llena de «víctimas» participó animadamente en el debate. Con la ayuda de la profesora, construyeron el retrato tipo de «la víctima». Finalmente Judy propuso: « ¿Queréis leer un libro sobre alguien que también fue la víctima, para ver si las cosas ocurren como vosotros decís?» Los estudiantes leyeron Antígona como si fueran los descubridores de una verdad absoluta. La asistencia a clase se elevó y permaneció así durante el resto del curso.

La profesora de séptimo curso Judy Schlimm reflexionaba de modo similar: « Mi objetivo como profesora de historia es hacer que mis alumnos se den cuenta de que la historia no es el estudio de lo que han hecho los muertos. Se trata más bien de que los estudiantes sostengan ante sí el espejo creado por el pasado y se vean reflejados en él».

Estas tres profesoras entienden la finalidad básica del aprendizaje. No es una actividad que deba consistir en la acumulación de datos aleatorios. Es algo mucho más potente. Desde que nacemos intentamos dominar nuestro entorno. Vivimos y morimos tratando de averiguar quiénes somos, qué significa la vida, cómo entender el sufrimiento, el gozo, la victoria y la muerte, cómo debemos relacionarnos con los demás, y por qué estamos aquí. Las materias que estudiamos –arte, música, literatura, matemáticas, historia, ciencias o filosofía- nos proporcionan puntos de vista que nos ayudan a dar respuestas a las preguntas

esenciales que nos plantea la vida. Las habilidades de estas disciplinas –leer, escribir, confeccionar mapas, calcular o ilustrar- nos dan la capacidad de usar lo que hemos comprendido de un modo significativo (Phenix, 1986). Tratar de averiguar aquello que no conocemos nos capacita mucho más que la mera repetición de nombres, datos, hechos y definiciones aislados.

Los contenidos en una aula sana se sustentan sobre esa realidad. Así pues, en un aula saludable la materia que se imparte

- es relevante para los estudiantes; se presenta como algo personal y cercano, que está relacionado con el mundo que ellos conocen,
- ayuda a los alumnos a comprenderse mejor a sí mismos y sus vidas, y continuará haciéndolo a medida que vayan creciendo,
- es auténtica, porque les plantea matemáticas o historia que son «reales», no simplemente ejercicios sobre el tema,
- puede utilizarse inmediatamente para algo que tenga significado para los estudiantes y
- hace a los aprendices más capaces, tanto en el presente como de cara al futuro.

En un aula saludable, la materia que se imparte da la bienvenida a los jóvenes como miembros pensantes de la raza humana, en lugar de invitarlos a participar en un test en serie o una partida de trivial. Como el destacado científico Lewis Thomas (1983) plantea: «En lugar de presentar el conjunto de los conocimientos humanos como una estructura montañosa de información coherente que es capaz de explicarlo todo acerca de todo, si fuéramos capaces de comprender todos sus detalles, deberíamos reconocer que en el mundo real aún queda un montón de enigmas para los que aún no tenemos respuestas» (p. 163). Cuando la materia es dinámica, personal y motiva intelectualmente –cuando otorga poder al aprendiz- los «detalles» suelen hacerse más relevantes y fáciles de recordar.

Cómo crear un ambiente de clase saludable

Supongamos que tenemos a un profesor que se encuentra a gusto con su doble papel de líder y de aprendiz dentro de la clase. Comprende cuáles son las necesidades humanas esenciales de sus alumnos y les da respuesta.

También entiende lo que su asignatura significa para sus estudiantes. ¿Qué cosas haría ese profesor para crear un ambiente en el que tanto él como los chicos se respetaran y valoraran cada día más? ¿Cómo crearía una atmósfera en la que la materia fuera el catalizador para el crecimiento y la sensibilidad individuales y del grupo? ¿Qué debería hacer este profesor para mantener el triángulo del aprendizaje en un equilibrio dinámico, para crear una verdadera comunidad de aprendizaje?

La enseñanza es una actividad que requiere inventiva, no una ciencia exacta. Los principios sobre la enseñanza nos guían, pero no constituyen una receta. A continuación damos algunas características de la experiencia docente, cuando está se produce en ambientes de clase saludables. Más que una guía exhaustiva, pretenden ser puntos de partida para la reflexión.

Esperamos que os apropiéis de esta lista, añadiendo o quitando lo que os parezca conveniente.

- **El profesor aprecia a cada niño como el individuo que es:** En *El Principito* (Saint Exupery, 1943) un joven viajero se encuentra un zorro que le pide que lo domestique. Como el niño no entiende bien lo que el zorro quiere decir, éste se explica: « Uno sólo comprende las cosas que domestica» (p. 83). Después dice que el proceso de domesticación lleva mucho tiempo. «Tienes que ser muy paciente... Primero debes sentarte a cierta distancia de mí... Yo te miraré de reojo, y tú no dirás nada. Las palabras sólo provocan malentendidos. Pero cada día te sentarás un poco más cerca» (p. 84). El niño acaba por entender que a través de la domesticación aprendemos a ver la singularidad de aquello que domesticamos. «Sólo con el corazón podemos ver correctamente. Lo esencial es invisible para los ojos.»

Los profesores de aulas saludables trabajan continuamente para «domesticar» a sus estudiantes: para ver quiénes son realmente, qué es lo

que los hace únicos en el mundo. No hay ningún niño que no presente algún atractivo. No hay ningún niño que no necesite la intervención del profesor. El profesor «domestica» a todos los que llegan. Los profesores de clases saludables corren también el riesgo de permitir que sus alumnos los conozcan como personas. Se aventuran a ser «domesticados» ellos mismos.

- **El profesor tiene en cuenta las diferentes facetas de sus alumnos:** El profesor entiende que los niños tienen intelecto, emociones y necesidades físicas cambiantes. Sabe que está enseñando a los niños cosas sobre la escritura o las matemáticas y no estas materias a los niños.

Comprende que a veces las emociones deben preceder a la clase de francés, y que a veces la clase de francés puede servir de bálsamo para ciertas emociones. Sabe que un chico sin autoestima aprenderá poco. Y también se da cuenta de que los logros verdaderos producen algo más potente que la autoestima: la sensación de la propia eficacia. Sabe que lo que el niño trae de casa no se puede dejar detrás de la puerta del aula, y que para que una lección sea realmente efectiva, debe irse a casa con el niño.

- **El profesor continúa aumentando sus conocimientos de la materia:** El auténtico dominio de la disciplina no reside tanto en la teoría como en sus aplicaciones prácticas.

Un experto en historia no se dedica a contestar un test al final de cada capítulo; lo que hace es alcanzar niveles de comprensión, cada vez más profundos, acerca de las personas, lugares y sucesos. Un escritor no se limita a poner palabras en una página siguiendo las reglas gramaticales; explora los significados de las historias corrientes y extraordinarias de la vida.

Los técnicos utilizan los datos y destrezas de su disciplina en un nivel muy complejo. Un compañero me comentó que el drama de los profesores consistía en que se nos había entrenado para enseñar ciencias, no para ser

científicos. Nos han mostrado cómo enseñar a hablar en público, no cómo ser oradores.

- **El profesor establece vínculos entre los estudiantes y las ideas:** El poeta, novelista y cronista histórico Paul Fleischman (Robb, 1997) describió cómo le gustaría que los profesores usaran su libro, *Dateline: Troy* (Fecha: Troya), que ilustra los sucesos de la *Ilíada* con titulares de periódicos actuales. Sus comentarios deberían suscitar la reflexión entre los profesores. Mi esperanza reside en que los profesores tengan la inspiración de hacer lo que los mejores de entre ellos han venido haciendo desde siempre: hacer que materias aparentemente remotas resulten reales y relevantes para sus estudiantes. Creo que, cuando se les muestran vínculos significativos con sus propias vidas, estos se convierten en auténticos lectores, en lugar de limitarse a hacer test y memorizar hechos. Esto puede aplicarse a cualquier asignatura dentro del currículum. ¿Por qué si no suspendí trigonometría? Yo no estaba convencido de que dominar los senos y tangentes tenía interés en sí mismo o me serviría de algo. Sin embargo, estoy seguro de que el profesor adecuado podría persuadirme de ello (p. 41).

- **El profesor procura que el alumno aprenda con alegría:** En la expresión «aprender con alegría», las dos palabras son importantes. En un aula saludable, el educador se toma en serio este proceso. Aprender es un derecho humano desde el mismo momento en que nacemos. Hay pocas cosas que hacer que sean más importantes. Además, el docente sabe que tenemos muy poco tiempo para explorar y comprender. Consecuentemente, se concentra en lo principal de cada tema y garantiza que los puntos esenciales van a estar en la diana de las experiencias propuestas a los estudiantes.

Por otra parte, sabe que por algún motivo los niños están programados para responder a la alegría. La energía y los ritmos de la vida en estado joven los

recorren aún. Moverse, tocar cosas, reírse y contar historias son los puntos por los que acceden a ciertos conceptos y habilidades importantes. De este modo, el profesor pretende asegurarse de que todos los alumnos se impliquen en todas las lecciones y las comprenden.

- **El profesor tiene altas expectativas y montones de escaleras:** En un aula sana, el profesor hace que sus estudiantes aspiren a grandes metas. Entiende que no todos tendrán los mismos sueños, pero los niños necesitan tener grandes aspiraciones y maneras concretas de alcanzarlas. Enseña para el éxito. Esto significa que sabe perfectamente cuál es la próxima cota de cada chico y cuál es el andamiaje que necesita para llegar hasta allí. Aquí se incluyen los plazos, las instrucciones, las tareas finales minuciosamente diseñadas, los diversos métodos de trabajo dentro del aula, la diversidad de recursos, la colaboración con especialistas educativos, o las ampliaciones y repases en grupos reducidos.

La mayoría de los aprendices jóvenes no saben cómo progresar desde el punto en el que se encuentran hoy, hasta que un maestro les enseña el camino. En una clase saludable, el profesor desempeña la función de un entrenador. Proporciona un plan de juego que garantiza a cada estudiante el máximo éxito. Después se sienta en el banquillo animando y aconsejando a los alumnos mientras «juegan el partido».

- **El profesor ayuda a los alumnos a dar su propio sentido a las ideas:** Al aprender, es raro que lleguemos a la comprensión a través de la repetición. Es decir, haciendo reproducir la información por medio de test, en fichas, o de manera oral difícilmente se consigue que una persona retenga y use información e ideas. Muchos educadores han tenido ocasión de ver esto ilustrado de una manera clara en sus propias clases de formación como docentes. como no tenía un contexto en el que insertar lo que sus maestros le decían, pensaban con frecuencia que las clases no tenían sentido. Cuando

ya se encontraban enseñando –y tenían un contexto para aquella información- la habían olvidado.

Las clases sanas se distinguen porque en ellas se piensa, se experimenta asombro, se producen descubrimientos. El profesor de primaria Bob Strachota (1996) dice:

A menos que nos adentremos en las complejidades de la invención y la búsqueda de significados, nuestro conocimiento es algo vacío. Si esto es así, yo no puedo transferir mi conocimiento ni mi experiencia a mis alumnos. En lugar de esto, tengo que encontrar la manera de ayudar a estos chicos para que se responsabilicen a la hora de construir su manera de entender el mundo y de vivir en él. Para poder hacer esto, tengo que luchar contra mi educación y mis instintos, que me instan imperiosamente a ser directivo: a decirles a los niños lo que yo sé y lo que tienen que hacer (p. 5).

- **El profesor comparte la enseñanza con los alumnos:** Los profesores de clases sanas invitan continuamente a sus alumnos a participar en la labor docente. Y lo hacen de muchas maneras. En primer lugar, hacen que sea posible que los estudiantes se enseñen entre sí. Creen que cualquier estudiante puede ser un maestro eficaz de ciertas cosas en algunos momentos, pero en otras ocasiones hay que enseñarle a él. En segundo lugar, hacen que los alumnos conversen sobre las normas de clase, las programaciones y los métodos. En tercer lugar, imparten «enseñanza meta cognitiva». Es decir, estos profesores explican a sus alumnos cosas tales como el modo en que planifican las clases, qué asuntos relativos al trabajo del aula les preocupan y cómo registran los progresos. Sin renunciar a su papel de líderes, los profesores en este tipo de aulas saben que sus estudiantes tienen grandes conocimientos instintivos, un gran sentido de lo que funciona dentro de su mundo, y percepciones muy valiosas sobre sí mismos y sus compañeros.

□ **El educador aspira claramente a lograr la independencia del estudiante:**

El director de una obra teatral tiene trabajo peculiar. Durante semanas, orquesta cada movimiento de todos los componentes de la compañía, desde los actores hasta el equipo técnico. No hay casi nada que tenga lugar sin su intervención. Cuando la función se estrena, sin embargo, el director, básicamente, no sirve para nada. Si los que actúan o los técnicos aún le necesitan, es que ha fracasado.

En la enseñanza ocurre lo mismo, o debería ocurrir. Cada día el profesor debe ser menos necesario en la vida de los estudiantes. Este tipo de enseñantes, no dan soluciones cuando los alumnos pueden buscar ellos mismos la salida. Dan pistas y direcciones para mejorar la calidad del trabajo, pero dejan espacio para que haya cierta ambigüedad, posibilidad de elegir y flexibilidad, de manera que los estudiantes tengan que hacer su propio recorrido y aplicar el sentido común. Calculan con cuidado la cantidad de responsabilidad que los chicos son capaces de manejar, y se aseguran de dársela, estimulándolos siempre a abarcar un poco más.

Como hay demasiados niños en las aulas, a los profesores les suele resultar más sencillo hacer las cosas por los estudiantes que complicarse la vida para que estos lleguen a tener opiniones por sí mismos. Con frecuencia escucho a profesores que me dicen que sus alumnos de segundo, quinto o décimo curso son «sencillamente inmaduros para trabajar de modo autónomo». Esto me deja atónita. ¿Podéis decirme cuál es el aula donde prácticamente todos los estudiantes trabajan con altos niveles de independencia durante gran parte del día? La clase de párvulos, con niños de 5 años.

□ **El profesor utiliza el humor y la energía positiva:** En las clases saludables, se oye hablar continuamente de cualquier labor que se emprenda. Hay un permanente sentido de apremio en relación con lo que se va a estudiar. No se trata de prisa, sino que existe la sensación de que tanto el tema como el tiempo son valiosos y se los trata como tales. Pensad en el tipo de planificación que se realiza al preparar un viaje prometedor. El

docente y los alumnos calculan por anticipado los destinos, las rutas en el mapa, y se amoldan a los contratiempos.

Se espera de manera inequívoca que todos se relacionen entre sí con respeto y amabilidad. En lugares de este tipo, se oye con frecuencia la risa.

El humor y la creatividad son parientes próximos. El humor emana de las conexiones inesperadas y gozosas, de la libertad para ser espontáneo, de sentir que los errores pueden ser sorprendentemente instructivos. El humor nunca es cortante o sarcástico. Produce el tipo de carcajada que nace de la capacidad de reírse con el otro.

- **La disciplina se ejerce de un modo más bien encubierto:** Los niños de todas las aulas necesitan que se les recuerde cómo deben trabajar y actuar. Convertirse en seres emocional y socialmente maduros es una parte necesaria del crecimiento. En las aulas sanas, los problemas de disciplina no suelen originar cataclismos. Los alumnos obtienen el poder y la atención que necesitan de modo positivo. Son aceptados y valorados, y lo saben. Son conscientes de que su profesor no sólo espera grandes cosas de ellos, sino que además es su compañero en el camino hacia esas metas. Las oportunidades para trabajar y aprender están adaptadas a sus características individuales. Hay directrices claras que ayudan a los estudiantes a tomar las decisiones apropiadas. Los esfuerzos verdaderos desembocan con toda probabilidad en un éxito auténtico.

En estos ambientes, han quedado eliminadas, o al menos minimizadas, muchas de las tensiones que conducen al mal comportamiento.

Cuando se hace necesario tratar un problema serio o recurrente, el respeto por cada estudiante, el deseo de crecer positivamente y la toma de decisiones compartida, dan como resultado el entendimiento entre las partes, y no un conflicto entre adversarios.

La enseñanza no se diferencia tanto de la vida

Cuando era pequeña, un verano encontré una camada de gatitos en un rincón detrás de un viejo garaje. Casi reviento de impaciencia mientras esperaba que mi mejor amiga llegara a casa y así poder llevarla a ver el maravilloso descubrimiento que había hecho. Durante todo el trayecto, le iba anunciando la sorpresa que se iba a llevar. Entre mi efusividad y su impaciencia hicimos el camino medio de puntillas y medio volando. Cuando llegamos al garaje, me fui hacia atrás, señalé al minúsculo lugar y dije: «Ahora te toca a ti: Ve tú y verás».

El ambiente de una clase saludable se parece mucho a esta experiencia. Un profesor siempre está explorando para tratar de hacer hallazgos maravillosos. A veces invita a un individuo a compartir con él el camino, otras veces a un pequeño grupo y otras, a toda la clase. Se trate de quien se trate, éste se considera especialmente elegido, porque hay algo en esa invitación que dice « ¡Eres tan importante que tengo que enseñarte los tesoros encontrados!»

La expectación que despierta el viaje es enorme. El paso es ligero. Y después llega ese punto en el que el profesor da un paso atrás y dice: «Yo ya he estado aquí, ahora te toca a ti. Piénsalo por ti mismo, a ver qué es lo que te dicen tus ojos. Sabrás como interpretarlo.» Entonces el profesor ve al alumno aprender, y al hacerlo, el profesor está aprendiendo de nuevo.